

se creyó seguro de la victoria. Votóse la proposición en el parlamento : ofreciéronle formalmente la corona, y Cromwell á pesar de eso aplazó sus deseos con intencion de vencer las últimas resistencias. Manifestábanse estas mas obstinadamente entre los generales mas allegados á su persona, y fueron de todo punto insuperables por su sincero amor á la república, por vergüenza de no dar un mentis á sus antecedentes políticos, ó por venganzas de rivalidades ofendidas.

Cromwell se lisongé de que esta oposicion no era mas que un capricho : estaba ya decidido á marchar de frente y coronarse con su propia mano cuando supo que acababa de presentarse solemnemente al parlamento una petición redactada por uno de sus capellanes, y firmada en nombre del ejército por gran número de oficiales reclamando lealtad á la buena antigua causa y rechazando el restablecimiento de la monarquía. El protector convocó en el acto el parlamento en Whitehall y admirándose de que nadie protestara contra la contestacion que aun no habia dado, rehusó formalmente el título de rey.

En vano fue que revelándole el talento los defectos de su grandeza, se esforzó en cimentarla sobre bases consagradas por el derecho y el tiempo. Dios no quiso que el mismo hombre que habia hecho caer la cabeza de un rey y profanado las libertades de la nacion recogiera el honor y el fruto del restablecimiento de la monarquía y el parlamento. Cromwell tan poderoso contra la anarquía, tropezaba al luchar contra las dificultades de su situacion, en el despotismo. Habia hecho renacer la imparcialidad en el orden civil ; mas cuando se vió acosado por la necesidad de cubrir los gastos de su gobierno, sometió todos los realistas á las exacciones mas injustas, y todo el país al régimen de la tiranía militar, único medio de consumir aquellas exacciones. Gloriabase de haber devuelto á la administracion de justicia su esplendor y regularidad ; mas cuando hubo abogados ilustres que defendieron á los que habia mandado perseguir injustamente, cuando hubo magistrados íntegros que se negaron á condenar á sus víctimas, maltrató, destituyó y redujo á prision abogados y magistrados con una arbitrariedad sin ejemplo en los tiempos de infausta memoria. Era demasiada arrogancia el pretender establecer la monarquía legal sin renunciar las violencias revolucionarias. Cromwell gozaba de un privilegio rara vez concedido : habia pasado de la revolucion á la dictadura ; pero no le fue dado trasformar la dictadura en un régimen de derecho y de libertad.

Mas no le abandonó su prudencia durante esa peligrosa prueba : solo

en el momento postrero supo su ambicion contenerse ; mas al fin se contuvo. La nacion que habia visto su retraimiento, y los republicanos que lo habian motivado, seguian teniendo siempre necesidad y miedo del protector. Asi es que no por haber fracasado la tentativa de coger la corona perdió el brillo de su situacion, ni se menoscabó su poder. Mas adviértase que no por eso desistió de su propósito. Andábase ocupando en reunir un nuevo parlamento con la esperanza de que le ayudara á vencer al ejército, como este le habia anteriormente ayudado á vencer al otro. En estos planes empezó á sentirse oprimido de la mano á cuyo peso debia á su vez irremisiblemente humillarse. Hacia ya tiempo que su salud estaba quebrantada, cuando acabó de alterarse por disgustos domésticos y particularmente por la pérdida de una hija á quien profesaba singular afecto. Desde entonces se le vió caminar rápidamente hácia su fin, oponiendo constantemente la energia de su voluntad. Cromwell no creia morir, tantos obstáculos felizmente vencidos ; tantas y tan grandes obras llevadas á cabo, el convencimiento de lo que aun podia hacerse y la tenacidad de su ánimo le daban, si así puede decirse, el convencimiento de que todavía se hallaba distante el término de la vida. En el seno de la amistad se le oia decir. «Estoy seguro de que no moriré hoy ; se que Dios no quiere que yo muera todavía.» La Providencia habia destinado á Cromwell para dar irrefragable testimonio de lo que un grande hombre puede ó no puede hacer. Su mision estaba ya cumplida. Con solo su talento habia llegado á ser dueño de su país, y de la revolucion que le habia ayudado á elevarse : permaneció hasta el último instante en posesion de toda su grandeza y exhaló el espíritu gastando en vano su poder y su talento para construir lo que habia derribado, un parlamento y un rey.

La nacion durante la anarquía en que por muerte del protector quedó sumergida tuvo una de esas raras fortunas de las cuales no es posible decir con seguridad si vienen de Dios únicamente, ó si la sabiduria humana puede reclamar tambien alguna parte de ellas. La anarquía no tuvo un desenlace facticio, ni incompleto, ni precipitado : todas las ambiciones, todas las pretensiones, todos los elementos del caos y de la lucha política que Cromwell habia comprimido volvieron á presentarse y á ocupar tumultuosamente el teatro que aquel llenaba con sola su personalidad. Su hijo Ricardo fue proclamado protector sin oposicion de ningun género, ni aun por parte de los gabinetes estrangeros. Mas apenas cojió en sus manos las riendas del gobierno se vió súbitamente rodeado de una multitud de conse-

jeros que no tardaron en declararse enemigos y rivales suyos. El consejo general de los oficiales, un nuevo consejo del ejército en sentido mas popular, un nuevo parlamento que Ricardo se apresuró á convocar, el antiguo parlamento Largo; ó mas bien dicho segun espresion del pueblo, la Cola del parlamento Largo mutilado, sosteniendo que solo á él pertenecía el poder legitimo por haberle conferido el rey que condenó á muerte el derecho de no disolverse sino por su propia voluntad, y por último ese mismo parlamento Largo compuesto de los miembros que antes de la muerte del rey habian sido violentamente espulsados de su seno, y que ahora á su vez usaban tambien de violencia para volver á ocupar sus puestos aparecieron como fantasmas así que desapareció de la escena política el que habia sabido tener á raya sus exigencias. La nacion tuvo por espacio de mas de veinte meses el disgusto de ver esos rivales del poder chocar, hundirse, volver á la lucha, coligarse y sustentar particularmente su ambicion sin poder adquirir ni por un solo dia la consistencia, ni la forma de gobierno.

En aquel interregno de veinte meses, en medio de aquella esplosion ridicula de tantos pretendientes imaginarios solo dejó de presentarse en la escena aquel que en concepto de todo el país sea por temor, ó sea por esperanza tenia derecho á presentarse como verdadero pretendiente. Apenas uno ó dos movimientos insignificantes que se limitaban á pedir la convocacion de un parlamento libre, y en los cuales ni siquiera llegó á pronunciarse el nombre de Carlos Estuardo, fueron intentados en su favor y reprimidos casi sin esfuerzo.

El recuerdo de Cromwell mantenía aun en el temor y en la inaccion al partido realista. Tantas veces habia visto desvanecidas sus esperanzas, tan rudamente habia sido castigado al querer levantar la cabeza, que ya ni á esperar se atrevia. Por otra parte en sus largos infortunios habia sabido adquirir saludable esperiencia. Ya no confundian los realistas sus propios deseos con la medida de sus fuerzas; ya habian comprendido que si Carlos Estuardo habia de conseguir la corona, solo el interés y el movimiento general del país podria dársela, pero no una insurreccion de algunos realistas.

Ricardo Cromwell tuvo la idea y el deseo de poner término por sí mismo á la agonía general y á la suya propia entrando en negociaciones con el rey.

No carecia el hijo del protector de penetracion ni de honradez; mas no tenia ambicion ni grandeza. Habia presenciado con una sensacion de

cansancio mas bien que de confianza el destino de su padre. No creia por lo tocante á su persona posible la repeticion de tan brillantes sucesos ni se sentia capaz de sobrellevar tan grave peso. Mas tampoco tenia resolucion para adoptar por lo tocante á tan grandes intereses una resolucion definitiva. Débil, indeciso, abrumado de deudas, y buscando afanosamente el porvenir no fue mas que juguete de una fortuna, cuya vanidad comprendia; é instrumento de unos hombres que no tuvieron tanta cordura como él.

Preciso era llegar al desenlace. Todos los poderes, todas las celebridades que habian hecho la revolucion, ó habian sido creados por ella estaban ya en caso de haber experimentado repetidas veces sus fuerzas. Ningun obstáculo exterior, ninguna resistencia nacional habia puesto trabas á sus esfuerzos gubernativos. Sin embargo ninguno habia salido airoso de la empresa: todos se habian casi destruido mutuamente, apurando en estériles combates el poco crédito y fuerza que habian podido conservar. Su nulidad aparecía en toda su desnudez y sin embargo seguían conservando en sus manos el destino de la nacion. En esas largas y tristes alternativas de anarquía y despotismo la Inglaterra habia perdido la costumbre y el valor de arreglar por sí misma sus destinos. Aun existía el ejército de Cromwell que si era incapaz de crear un gobierno, era muy apropósito para derribar todos los que no le gustaban.

Un hombre procedente del ejército, que habia sabido captarse en alto grado el aprecio y la confianza de los soldados, que sin afiliarse en ningun partido político habia servido bien al parlamento, al protector y al mismo Ricardo en los primeros instantes de su advenimiento al poder, Monk que así se llamaba aquel hombre, presintió cual sería necesariamente el término de aquella anarquía y se propuso conducir hácia él la cansada nave del Estado sin hacerla sufrir nuevos sacudimientos, ni correr nuevos riesgos. Nada de grande habia en el carácter de aquel hombre, no siendo el buen sentido y el valor. Ni la ambicion, ni la necesidad de la gloria turbaban su ánimo sereno, que estaba lejos de remontarse á principios sublimes ni de concebir elevados planes por lo tocante al país, ni á su propia persona. Distinguíase únicamente por su aversion profunda al desórden y á las iniquidades, que los partidos populares saben cubrir bajo magníficas promesas.

Cumplir modesta, pero enérgicamente con sus deberes de militar y de ciudadano era toda su ambicion y la satisfacía sin ostentacion, absteniéndose de declamaciones llegando hasta el punto de ser taciturno para

ser discreto, é indiferente por no pagar tributo á la mentira. De semejantes prendas realzadas por una audacia y una paciencia imperturbable se valió Monk para producir el desenlace único que en su concepto convenia á la situacion política de su país, el restablecimiento pacífico del único gobierno que podia ser duradero y normal. Todos los demás sistemas no eran en su concepto mas que cuestiones dudosas y polémicas de partidos. Monk consiguió su objeto. Todas las fracciones del gran partido monárquico suspendieron sus antiguas rencillas, sus tumultuosas impaciencias y sus contrarias aspiraciones para secundar el esfuerzo del nuevo campeón.

La restauracion llegó á consumarse como un acontecimiento natural, único posible y sin costar una gota de sangre á los vencidos ni á los vencedores. Bien pudo Cárlos II al entrar en Lóndres rodeado de inmensas aclamaciones decir con toda verdad: «culpa mia es el no haber »vuelto antes, pues no veo una sola persona que no manifieste deseos de »haberme visto volver anteriormente.»

Jamás ningun gobierno, nuevo ó antiguo, ó restaurado despues de destruido se ha visto en mejores condiciones de fuerza regular y de estabilidad.

Cárlos II subió al trono sin apoyo de fuerzas estranjeras, sin lucha interior, y hasta sin esfuerzos de su partido: subió por unánime impulso de la nacion inglesa libre de la opresion, de la anarquía, y de las oscilaciones revolucionarias y que solo en él fundaba ya las esperanzas del orden legal y del porvenir.

Reorganizábase la monarquía despues del aniquilamiento absoluto, y la ruina definitiva de sus enemigos y de sus rivales. La república y el protectorado habian aparecido y reaparecido bajo todas las formas, y en todas las combinaciones que les habia sido posible ostentar. Todos los poderes, todas las notabilidades, hijas de la revolucion habian caido en descrédito y estaban ya gastadas. La arena del palenque estaba desierta; hasta las fantasmas de los combatientes revolucionarios habian desaparecido.

Al resucitar la monarquía tornaban tambien á nueva vida los derechos de los grandes propietarios, de los hidalgos de provincia, de todos aquellos ciudadanos notables que habian sostenido la causa realista, y que ahora volvian á tomar su puesto en el gobierno del país. La república y Cromwell los habian separado de los negocios públicos porque no podian soportar su presencia, y al volver á ellos colmaban el gran vacío que exis-

tía en la organizacion social. Engañanse generalmente los revolucionarios cuando presumen reemplazar lo que destruyen y poder satisfacer todas las necesidades del Estado. Bien pudieron los republicanos ingleses abolir la cámara de los Lores y espulsar el partido realista de la escena política; pero no les fue posible llenar el hueco ni para sostener al poder contra el espíritu anárquico ni para defender contra el despotismo las libertades de la nacion.

Al propio tiempo que la restauracion inspiró nueva vida á la monarquía hereditaria, devolvió á la propiedad territorial, á las tradiciones de familia, y á la parte mas antigua y elevada de la aristocrácia del país, su rango y su influencia. De esta manera volvió el poder á encontrarse con su principio de estabilidad y con sus aliados naturales, y la sociedad política al cabo de once años de pérdidas y fluctuaciones volvió á recobrar todas sus fuerzas colocándose sobre todas sus bases.

El gobierno de la sociedad religiosa, la iglesia episcopal se reorganizó tambien juntamente con la monarquía. No cabe duda de que el origen de la iglesia anglicana, desarrollada por decirlo así á la sombra del poder temporal, ha sido para este una gran enfermedad comparándolo con el origen puramente espiritual y la sólida independendencia de la iglesia católica. Mas tambien ha producido la ventaja de haber cortado todo motivo de disension entre el gobierno de la iglesia y el del Estado. La iglesia anglicana íntimamente unida al trono como que de él ha recibido su fuerza primera le ha profesado una constante y leal adhesion, y á pesar de las manchas de su origen y las debilidades de su conducta jamás ha carecido ni de fervor en su fé, ni de virtud en su vida, ni de valor y brillo en el cumplimiento de su mision. Esa iglesia ha tenido tambien sus héroes y sus mártires, invencibles en el patíbulo y en la hoguera, aunque débiles tal vez y complacientes para con los reyes.

Al ser restablecida en 1660 esa iglesia juntamente con la monarquía acababa de sufrir durante quince años todas las persecuciones revolucionarias, la espoliacion, la opresion de su culto, los insultos, las prisiones y la pobreza. Todo lo habia sobrellevado con dignidad y constancia y por último volvía á levantarse rodeada de la entusiasta adhesion del partido realista y del respeto general de la poblacion. La iglesia por su parte consagró al servicio de la monarquía su lealtad á toda prueba y su autoridad engrandecida por la desgracia.

Las disposiciones del pueblo ingles correspondian á las de su iglesia. Mas no se entienda por esto que las sectas que durante mucho tiempo se

habian visto oprimidas por ella, y que la oprimian á su vez en el periodo á que nos referimos hubiesen desistido de su ardiente enemistad, ni que los escesos odiosos y ridiculos del fanatismo y la hipocresia cediesen por todas partes el puesto al impulso de una piedad ilustrada y sincera. No tardó en dejarse sentir una reaccion de impiedad, de frívola licencia y cinismo, pero no pudo penetrar mas allá de las altas y superficiales regiones de la sociedad: en medio de los escándalos de la córte y de las clases que por su inmediacion á ella se hallaban mas propensas al contagio, la Inglaterra pudo contar muchos cristianos sinceros y fervorosos, unos que habian vuelto al seno de la iglesia anglicana por el recuerdo de los males y de los desórdenes que nacieron de su ruina, y otros que se hallaban comprometidos en medio de las sectas disidentes que la iglesia empezó á perseguir con bastante rigor para exaltar su celo, pero no suficiente para herirlas de muerte. La iglesia y las sectas en medio de sus luchas y sus mútuas animosidades ejercian entre sí una saludable influencia, mantenianse, recordándose reciprocamente, en el respeto de Dios y de sus leyes, en el constante pensamiento de los intereses eternos del hombre y en el fervor y actividad de la fé.

No faltaron por lo tanto en la masa de la poblacion bases morales para la monarquía restablecida y esta pudo hallar alrededor del trono, en las clases mas inmediatas al poder por su género de vida, el apoyo político que necesitaba.

Dos enemigos temibles, el espíritu de revolucion y el espíritu de reaccion podian únicamente desvirtuar circunstancias tan favorables y comprometer nuevamente el trono.

El espíritu de revolucion sobrevivió largo tiempo á su derrota aun despues de la época en que fue puesta en relieve su impotencia. De los dos partidos revolucionarios que habian dominado la Inglaterra, esto es, la república y Cromwell, solo este último desapareció tan absolutamente que los hijos del protector pudieron morir en paz y hasta olvidados de su patria. El partido republicano siguió subsistiendo, sin hacer ninguna tentativa, sin conservar esperanzas, pero mezclándose acaloradamente en todas las disensiones, en todas las intrigas contra el gobierno establecido, buscando y encontrando incesantemente en las sectas perseguidas, particularmente en Escocia, ardientes partidarios y mártires.

Hasta en los partidos de oposicion legal, estraños á todo recuerdo y á todo deseo republicano, conservaron por largo tiempo influencia las ideas y las costumbres revolucionarias: los mas ilustrados tenian el espíri-

tu lleno de teorías y el corazon dispuesto á dejarse llevar de pasiones incompatibles con las luchas merijeradas y las transacciones naturales en la monarquía constitucional; los mas moderados apreciaban las probabilidades y se deslizaban por la pendiente de las nuevas revoluciones con una facilidad repugnante á todo órden estable y legal. El veneno revolucionario modificado, pero no espelido, circulaba todavía en las venas de una gran parte de la nacion inglesa, haciéndola vivir en un estado de intemperancia política llena de obstáculos y de peligros para el poder.

El espíritu de reaccion, esa enfermedad de los partidos vencedores daba incesante pábulo al espíritu de revolucion. No se entienda por eso que tratamos de prohijar todos los cargos que la historia hace sobre este particular á los realistas y á la iglesia anglicana: las revoluciones que han dominado mucho tiempo, y que al fin han sido detenidas en su curso tienen la arrogancia de pretender que permanezcan intactas las injusticias que han cometido: es necesario contentarse con reprimir en lo sucesivo su poder maléfico, y calificar de reaccion todo lo que conduzca á remediar los males que han causado. Entre las medidas tomadas bajo el reinado de Carlos II para indemnizar á los realistas legos ó eclesiásticos de las pérdidas sufridas durante la revolucion hubo muchas que no fueron mas que un retroceso natural y necesario hácia el derecho violado. Mas semejantes retrocesos tienen limites que el buen sentido indica á la política de los gobiernos y al interés de los mismos partidos. No es posible remediar la injusticia por medio de la injusticia, ni se ataja una revolucion poniendo en juego provocaciones y venganzas. Toda reparacion que se reviste de semejantes caracteres pierde su derecho, y se convierte en grave peligro hasta para la misma causa á cuyo servicio está consagrada.

La reaccion religiosa fue particularmente la que incurrió en tiempo de Carlos II en esos deplorables abusos, y no fue ciertamente por reparacion de los perjuicios que la iglesia anglicana habia sufrido sino por una vengativa persecucion de las sectas disidentes, y faltando á la palabra dada á los mas moderados de esas sectas á quienes el rey en el momento de su restauracion habia prometido solemnemente libertad. Carlos intentó repetidas veces cumplir su palabra y asegurar á los disidentes alguna tolerancia; la persecucion repugnaba á su buen sentido, á la dulzura de sus costumbres, á su indiferencia religiosa y á su secreta inclinacion en favor de los católicos. Pero sus frios y débiles deseos de justicia cedian prontamente á la obstinacion de las rencillas eslesiásticas y al arrebató de las pasiones populares, á las cuales el partido realista ciego ó arras-

trado se asociaba casi en su totalidad en el parlamento y fuera del parlamento.

Después del 1660 la reacción civil fue limitada y corta, la reacción religiosa contenida por un momento estalló con violencia, se perpetuó enconándose y dió margen á la mayor parte de los peligros y faltas, (mejor diríamos crímenes) en que cayeron Carlos II y su gobierno.

Mas todas esas faltas y peligros, aunque de carácter grave y sombrío nada de mortal ni de amenazador tenían en el fondo por lo tocante á la monarquía y á la sociedad inglesa. Considerados en globo aquellos sucesos puede decirse que el espíritu de revolución había perdido su poder y que el espíritu de reacción no dominó en Inglaterra. Después de su gran crisis revolucionaria desde el 1640 al 1660 el pueblo inglés tuvo la dicha y el mérito de ser dócil á las lecciones de la experiencia y de no haberse dejado llevar de los partidos extremos.

En medio de las mas ardientes luchas políticas y hasta en medio de las violencias á que fue arrastrado, ó á que tal vez impulsó á sus jefes, en medio de circunstancias supremas y decisivas constantemente se mostró contenido ó replegado en aquel profundo buen sentido que consiste en respetar los bienes elementales que se quieren conservar, y en adherirse invariablemente á ellos sufriendo los inconvenientes que traen consigo, y sofocando los deseos que podrían comprometerlos. Desde el reinado de Carlos II ese buen sentido, que es la inteligencia política de los pueblos libres ha campeado constantemente en los destinos de aquella nación. Tres grandes resultados entonces todavía confusos é incompletos, pero irrevocables, y absolutamente necesarios á los deseos y á los intereses generales de Inglaterra sobrevivían á la revolución que acababa de atravesar.

La monarquía no podía ya separarse del parlamento: el trono había ganado su causa; pero el absolutismo había perdido la suya. Podían los teólogos y los filósofos, Filmer y Hobbes, erigir en dogma, ó sostener como principio el poder absoluto: podían sus ideas en las conversaciones ó en los escritos escitar la indignación ó despertar las simpatías de los hombres de ciencia ó de los afiliados en algun partido; pero en el pensamiento práctico de la nación, la cuestión estaba ya ventilada: realistas ó revolucionarios, todos consideraban la íntima unión y el contra-peso mútuo de la corona y el parlamento como derecho y necesidad del país.

En realidad la cámara de los diputados preponderaba en el parlamento. No se trataba ya de su soberanía directa: ese principio revolu-

cionario había caído totalmente en descrédito; la corona y la cámara de los lores estaban ya en posesión de sus derechos y gerarquía; pero eran demasiado rudos los golpes que la revolución les había dado para que aun después de postrados sus enemigos se atrevieran á ostentar toda su antigua superioridad y ni las faltas ni las desgracias de la cámara baja consiguieron borrar enteramente el recuerdo de sus terribles victorias.

Una vez dueño el partido realista en sus relaciones con la corona y la administración del Estado se adjudicó las conquistas esenciales del Parlamento Largo. Mucha, y algunas veces violenta debía ser la confusión antes que los diversos partidos *Torys* ó *Whigs*, conservadores ó de la oposición hubiesen aprendido á no abusar de aquellas conquistas, comprendiendo bien su fuerza y sentido, y á mantener entre los grandes poderes públicos aquella complicada armonía que constituye el mérito y las dificultades del gobierno constitucional. Mas al través de los ensayos de ese aprendizaje y á pesar de apariencias y formas no pocas veces contradictorias la influencia preponderante de la cámara baja en la cosa pública fue desde el reinado de Carlos II un hecho cada vez mas evidente y positivo.

Al lado, ó mas bien sobre esos dos hechos políticos se colocaba el hecho religioso igualmente consumado por la revolución, esto es, el dominio completo y definitivo del protestantismo en Inglaterra. Ciertamente es que nunca los protestantes ingleses habían estado mas tenazmente desunidos, y que con justa razón podía Bossuet tomarse el magnífico placer de contemplar y describir sus divisiones y sus altercados. Mas la unidad de una fé y de una común inclinación subsistían en aquellas sectas que divergían en todos sentidos: en medio de sus propios combates todas profesaban el Evangelio y combatían todas con igual ardor contra el catolicismo. La libertad de conciencia sin cesar desconocida y oprimida por ellas y entre ellas les era á todas igualmente grata contra la iglesia romana, y todas la habían irrevocablemente adquirido.

Eso es todo lo que en su pensamiento general é íntimo pedía el pueblo inglés de aquella monarquía, cuya restauración saludaba con entusiasmo, hallándose decidido á soportar por mucho tiempo las faltas de un gobierno que le asegurase esos tres resultados de la revolución que acababa de sufrir.

Pero eso fue precisamente lo que ni Carlos II ni Jacobo II no supieron ó no quisieron conceder.

Carlos II fue en lo tocante á política demasiado sensato ó demasiado